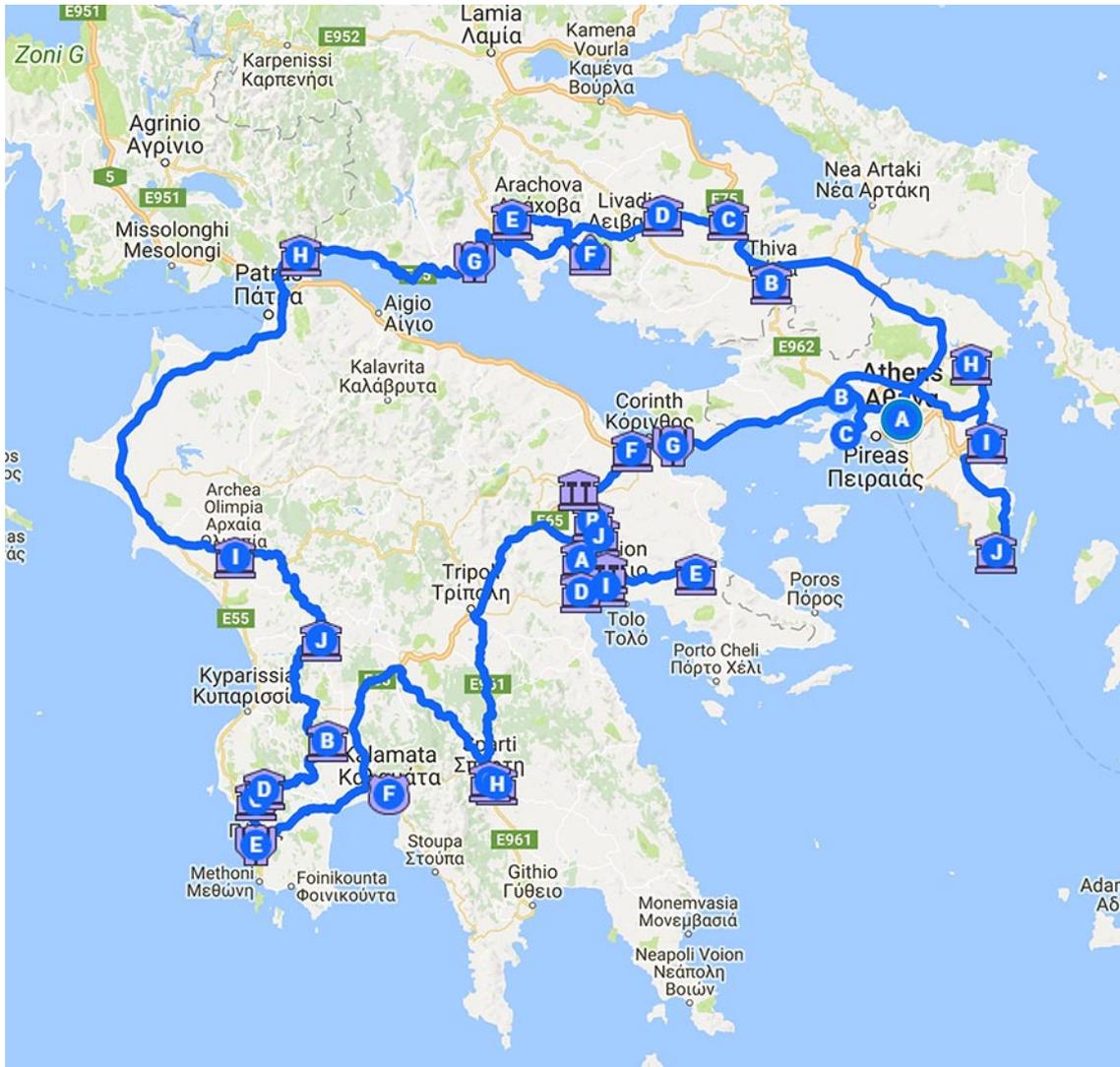


Viaje arqueológico a la Grecia de los Héroos

21 de septiembre a 1 de octubre de 2017

CRÓNICA



Después de pasar la primera noche en el hotel Titania de Atenas y disfrutar de las espectaculares vistas desde su última planta sobre la Acrópolis, nos acomodamos en el autobús que había de llevarnos durante los 10 días siguientes por la Grecia de los héroos.

Se presentan las personas que se ocuparán del grupo durante el viaje: la representante de la agencia de viajes Carmen, siempre atenta y disponible; el profesor Adolfo Domínguez que nos regalará, incansable, amenas y didácticas explicaciones; Lefteris, nuestro guía griego locuaz, irónico e incisivo; y Apostolis nuestro eficaz y siempre sonriente chófer.

Antes de llegar a Tebas, el profesor Adolfo Domínguez nos habló de la escritura lineal B (correspondiente a la época de los palacios micénicos), llamando la atención sobre la diferencia entre escritura y lenguaje oral, pues una misma lengua puede escribirse de distintos

modos, como ocurre, por ejemplo, con serbios y croatas que escriben la misma lengua con caracteres diferentes (cirílicos los primeros y latinos los segundos). Así, hoy se sabe que el lineal B es una representación de la misma lengua griega, que después sería escrita empleando el alfabeto fenicio con la adición de vocales. Una de las grandes aportaciones griegas.

Llegamos a Tebas, la ciudad de las siete puertas, capital de la antigua región de Beocia (“rica en bueyes”), para visitar su recientemente inaugurado Museo Arqueológico que está organizado de forma muy didáctica y atractiva.

Vemos en el museo las primeras tablillas de cerámica (segundo milenio AC) que representan con signos los flujos de entrada y salida de productos y que reflejan la contabilidad de la economía palacial. Tablillas de arcilla sólo conservadas a causa de su cocción accidental en los incendios que se produjeron al final de la etapa palacial (aproximadamente en el s. XII AC). Vemos también materiales que evidencian intercambios comerciales con lugares lejanos: ámbar del Báltico, lapislázuli de Afganistán, etc. Contemplamos kouroi característicos del período de las polis; estelas funerarias que cuentan historias y vemos también el esqueleto de un niño en una vitrina tal como fue hallado, acompañado de sus magras posesiones: una huchita de barro cocido repleta de pequeñas moneditas.



Camino de Orcómeno, la fértil llanura que ocupa el lugar del desecado lago Kopais da pie a explicaciones sobre el drenaje del lago, ya en época micénica, supervisado desde la imponente fortaleza de Gla que después visitaremos. Nos hablan nuestros guías sobre sus famosas anguilas y sobre la visita de Pausanias y su descripción de la tumba de Minias que visitamos para admirar el techo de piedra ricamente labrada con motivos espirales que

todavía conserva su cámara lateral en la que se depositaban los huesos del difunto una vez descarnados pues solo entonces se consideraba que había roto por completo cualquier lazo terrenal. Lefteris nos dice que es uno de los hitos de la arquitectura, como lo serán más tarde el Partenón de Atenas y el Panteón de Roma.

Viajando hacia Delfos nos muestran desde el autobús, el cruce de caminos en el que Edipo y Layo se enfrentaron acabando con la muerte del segundo, lo que daría lugar a ríos de sangre y de tinta, cumpliendo el vaticinio de los oráculos.

En Delfos la visita comienza en el Museo donde Lefteris hizo alusión a los originales cultos betílicos (de piedras), que también se han descrito entre los iberos, donde muchas veces se adoraban piedras caídas del cielo. Por su parte, el profesor Adolfo Domínguez, que había pronunciado una interesante conferencia sobre el oráculo de Delfos en las jornadas de la SECC de 2016, nos habló sobre la Pitia y las condiciones de su actuación, la periodicidad variable de la adivinación, los rituales previos a realizar por el consultante, episodios de posibles sobornos y la ambigüedad de sus pronunciamientos (proverbial en el caso de Cresos). Más tarde nos indicaría, sobre las ruinas del templo de Apolo, el posible lugar en el que podía estar ubicada

cuando pronunciase el oráculo, en una zona no edificada del templo. También llamó nuestra atención sobre una inscripción hallada en el tesoro de los atenienses que supone uno de los pocos testimonios epigráficos de música en la antigüedad, pese a que la música siempre estaba presente en festividades y ceremonias. Y admiramos, una vez más, la expresión serena y ensimismada del “auriga vencedor”.

Ascendemos por el camino zigzagueante que conduce al templo de Apolo de forma que los restos de “los tesoros” de las polis griegas van apareciendo ante nuestros ojos enmarcados en un paisaje majestuoso. En su día se expusieron aquí ofrendas como las proas de los barcos persas capturados en la batalla de Salamina o los cables del pontón que construyeron los persas para unir Asia y Europa en las guerras médicas y que hubieron de abandonar precipitadamente cuando fueron derrotados.

Por la tarde, tras visitar Osios Loukas, regresamos para ver el templo de Atenea Pronaos y Lefteris nos enseña una vista de Arahova, a los pies del Parnaso, desde una distancia prudencial para evitar que caigamos en las bajas pasiones consumistas que allí se prodigan.



Hicimos noche en Itea donde, tras la cena, pudimos disfrutar en el paseo marítimo de la actuación de la banda de la Armada con motivo de sus fiestas locales. Por la mañana, tras el desayuno, descubrimos que una de nuestras maletas había sido “raptada” por otro grupo alojado en el mismo hotel. Tras las oportunas averiguaciones se supo que viajaba de camino a Delfos y, tras arduas negociaciones, se acordó la entrega a medio camino, en el mar de olivos que desciende desde Delfos a Itea, terrenos sagrados en los que un día pastaron los animales que habían de ser ofrecidos en sacrificio al oráculo.



Proseguimos viaje con una parada en Naupacto, Lepanto, desde donde partió la flota turca en una de las últimas batallas de galeras. La batalla de Lepanto, donde Cervantes fue herido por una bala de arcabuz y en *El Quijote* la definiría como “la más grande ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes y no esperan ver los venideros”.

Sobre un muro hay una serie de placas conmemorativas alusivas a la batalla, aunque lo hacen de un modo que no parece que estén describiendo el mismo suceso, (algunas en un acabado estilo de “neolengua”), lo que demuestra una vez más que “toda historia es historia contemporánea” (Benedetto Croce).

Volvemos al Peloponeso cruzando el hermoso puente de Río-Antirio para adentrarnos en la Élide, cuya fertilidad consideraban los antiguos un signo visible de que gozaba del favor divino por albergar el santuario de Zeus en Olimpia.



Visitamos el museo de Olimpia donde se exponen los restos de la decoración del templo de Hera, representando la lucha de los lapitas y los centauros en el frontón este y una carrera de carros en el oeste, junto a representaciones de los trabajos de Hércules. Se exhibe aquí la Victoria o Niké atribuida por Pausanias al escultor Peonios, esta escultura impactó en su día por el alarde técnico de estar esculpida en mármol de Paros con los brazos despegados, osadía que facilitó después su destrucción por un terremoto. Llamamos nuestra atención sobre el casco de Milcíades, identificado por la inscripción en la que el general ateniense vencedor de Maratón (12 de septiembre del 490 a.C.) ofrece su casco al santuario. Admiramos el Hermes de Praxíteles con el niño Dionisos en un brazo, cuyos rostros precisan que el espectador rodee la imagen para ser contemplados (un precedente del “arte cinético”).



Ya en el sitio arqueológico recorremos la palestra, cuya forma cuadrada y porticada dará lugar, por evolución, a la Plaza Mayor que hoy conocemos. Los griegos encontraron la necesidad de construir “espacios de relación social”, algo ajeno a las culturas orientales. También nos sentamos en los bancos corridos que todavía se conservan en la biblioteca contigua. Observamos los restos del impresionante albergue y terminamos, como no, en el estadio, sin gradas, donde un ingenioso mecanismo evitaba las salidas falsas.

Tras pasar la noche en el laberíntico hotel Olympia Arty Grand nos dirigimos a la región de Arcadia, montañosa y escasamente poblada donde rebaños de cabras irrumpen en la carretera a nuestro paso. De ahí el

tradicional culto al dios Pan en esta zona.

El profesor Adolfo Domínguez aprovechó para ofrecernos una interesante disertación sobre la lengua griega y sus dialectos, uno de los signos de identidad cultural de los griegos. De los

cinco dialectos principales identificados, resulta que el de Arcadia es igual del de Chipre, denominándose arcadio-chipriota, lo que se explica por las migraciones que sucedieron al colapso de la civilización micénica.

Arcadia es una región aislada que siempre intentó mantenerse independiente. Sus vecinos les apodaron “comedores de bellotas” (balanófagos). La escasez de recursos y las duras condiciones de vida llevaron a sus habitantes a emplearse como mercenarios. La idea de la Arcadia feliz, apartada en su placidez, es una creación romana muy posterior.

Llegamos al imponente templo dórico de Apolo Epicurio en Basas, dominando un paraje majestuoso. Datado en 440 A.C., se atribuye a Ictinos, constructor del Partenón junto con Calícrates, y destaca por sus originales soluciones arquitectónicas. Dentro se identifica la primera columna conocida con capitel corintio, que hace las veces de estatua de la divinidad. Contaba con un friso interior, que hoy se halla en el Museo Británico. Orientado singularmente en dirección Norte Sur, cuenta con una original puerta lateral abierta al Este. Este templo junto con el de Atenea Alea en Tegea se consideraba el más impresionante en la antigüedad, incluso en época de Pausanias.

Continuamos camino pasando junto a Megalópolis, cuna de Polibio, en el valle del río Alfeo. La ciudad está ligada a la batalla de Leutra (371 a.C.) donde el general tebano Epaminondas derrotó a los espartanos por primera vez en campo abierto, creando ex novo la ciudad para controlar todo el territorio, cuenta con el teatro más grande de toda Grecia.

Y llegamos a Mesene, capital de Mesenia, también fundada por Epaminondas con la intención de configurar un estado que contuviese y sirviese de contrapoder a Esparta. Cuenta con unas impresionantes murallas y tiene uno de los teatros más grandes de Grecia donde se pueden ver los restos del primer ejemplo de escenario móvil, pues se conservan una especie de raíles que permitían desplegar u ocultar un escenario de madera y metal. La excavación y extraordinaria restauración de Mesene es obra del arqueólogo griego Petros Themelis, con fondos exclusivamente privados. El sitio es impresionante y en él visitamos el *macellum*, el Asclepeion, el Heroon donde una inscripción menciona a 6 muchachos y 4 muchachas fallecidos en defensa de la ciudad. En el gimnasio destacan los grafiti en las columnas y en el imponente estadio un pequeño templete, emplazado en una terraza artificial situada en la línea visual de fuga del estadio.



En Pylos, el mayor productor de lino de la época micénica, visitamos los restos del palacio de Néstor destruido por un gran incendio en torno a 1200 a.C.. En esa época desaparecieron todos los palacios micénicos; desapareció también la escritura aunque se mantuvieron la lengua y el culto a los dioses, así como los mitos y la memoria de un pasado glorioso. La épica se convirtió en elemento de cimentación y continuidad cultural y la



evocación del mundo de los héroes permite a los nuevos pobladores elevarse sobre la realidad de una penosa existencia.

Durante los trayectos en autobús Lefteris llamaba nuestra atención sobre los cementerios, “dormitorios” en Grecia, que no se consideran un lugar que deba estar apartado sino perfectamente integrado en la vida de las gentes como demuestra su ubicación, sin muros que los aislen visualmente. Con ello se sugiere que la muerte

está subordinada a la vida, como si aquella y no ésta fuera solo un sueño. Por ello en Grecia no hay tradición de vampiros ni muertos vivientes, porque los muertos están, simplemente, durmiendo.

Antes de entrar en Esparta subimos al santuario de Menelao y Helena, uno de los pocos restos antiguos que se conservan de esta importante polis. En la misma ubicación se emplazó un palacio micénico del que apenas se conservan restos. Tucídides (s. V a.C.) ya lo anticipó: *“si la ciudad de Esparta quedase ahora desierta y abandonada, las generaciones venideras no podrán hacerse una idea de su importancia a la vista de los restos que contemplan”*.

Llegamos a la Argólida, cuyos habitantes se llaman “argivos”, siendo curioso que Homero, en la *Ilíada*, a los griegos los llame indistintamente argivos, aqueos o dánaos. En Argos visitamos el teatro de la época helenística (s. III a.C.) donde se celebraban los juegos Nemeos y también competiciones musicales. Aquí tuvo lugar la primera asamblea de los griegos mientras intentaban liberarse de la dominación turca.

En Micenas, que rivalizaba con Argos por el control de la Argólida, visitamos la tumba de Atreo, probablemente de 1.370 a.C., la más perfecta de su estilo, la única intacta y la única también que ha conservado su cúpula, construida por aproximación de hiladas. Continuamos al palacio de Micenas y su impresionante puerta de los leones enclavada en unas murallas que, como en todos los palacios micénicos, son desproporcionadas en relación con los medios de ataque de la época. Con una superficie intramuros de unas 35 hectáreas se calcula que podía albergar 7.000 residentes.

Hacemos noche en Nauplia donde descarga una espectacular tormenta y a la mañana siguiente visitamos su museo donde se exhibe la única armadura de bronce completa que se ha encontrado. Se trata de una pieza del 1.500 a.C., época prepalacial, construida a base de placas que se disponía sobre un primer recubrimiento de lino o cuero sobre la piel del guerrero. También se pueden ver los cascos decorados con colmillos de jabalí que Homero menciona en la *Ilíada*.

Camino de Epidauro, hacemos una breve parada para ver la “bien amurallada” (en palabras de Homero), Tirinte regida por Euristeo, primo de Hércules y que fue quien le ordenó la ejecución de los famosos trabajos.



El santuario extraurbano de Epidauro está dedicado a Asclepio, hijo de Apolo y madre mortal, Corónide, se le llama el “dos veces nacido” pues, al fallecer su madre, completa su gestación en el muslo de su padre quien lo entrega al centauro Quirón para que lo crie y eduque como había hecho con Aquiles, Patroclo y Ajax, entre otros. Se trata del santuario más antiguo dedicado a Asclepio y después se fundaron hasta 400 más en el mundo. Allí se cultivaban plantas medicinales, se enseñaba botánica y se crearon los primeros jardines especializados en plantas curativas. También se practicaba la curación con la palabra, con el sueño y terapias de teatro y escenificación. En el sitio arqueológico vemos el Katagogion (hostal), construido con estructura modular, sabemos que existía un Odeón para celebrar espectáculos de poesía o canto que permitían rituales curativos a través de la palabra, en armonía con la idea de Platón “alma y cuerpo enferman juntos”. En el estadio podías practicar deporte los enfermos y se celebraron los juegos Askepleios, y en el Tholos, el Abatón, se practicaba la curación a través del sueño sin que se conozcan los rituales seguidos a tal efecto. Pero, sin duda, es el teatro famoso por su excelente acústica, con capacidad para 14.000 espectadores, la construcción más conocida.

Viajamos a Lerna donde encontramos la primera muestra de civilización en Europa, 1.000 años antes que Tirinto se construyó aquí, en 2.500 a.C., la llamada “casa de las tejas”, realizadas con barro, no cocido sino secado al sol, que constituye una estructura edificativa de dos pisos rematada con un entramado de tejas que protegía el edificio. Encontramos aquí, en la edad del bronce y recién salidos del Neolítico, un complejo arquitectónico que no habla de una estructura social con concentración de recursos, excedentes y posibilidad de reinvertirlos.

En Nemea, también relacionada con los trabajos de Hércules, paso tradicional desde la Argólida hacia Corinto como demuestran los restos de calzadas micénicas que todavía se conservan, visitamos el impresionante estadio donde sólo durante unos pocos años pudieron desarrollarse los juegos en honor del niño Ofeltes cuyo premio consistía en una corona de apio (en Itsmia era de pino, en Olimpia de olivo y en Delfos de laurel).



En Corinto, que ocupa un emplazamiento excepcional que supone el control del golfo Sarónico y el de Corinto, con dos puertos en cada uno de los mares y que fue la última polis en someterse al poder romano, visitamos el templo de Apolo, única construcción respetada por el cónsul Mummio que masacró y saqueó la ciudad esclavizando a sus habitantes, y su museo donde destacan dos soberbios Kouroi recién encontrados en tumbas con sus esqueletos.



Dedicamos nuestro dos último días en Grecia a dos grandes batallas: Maratón y Salamina, al espectacular Cabo Sunion y a dos lugares con ritos iniciáticos poco conocidos: Braurón, un “colegio de señoritas” y Eleusis donde tenían lugar ritos de fertilidad.

En el Templo de Brauron, que debe su nombre a Ártemis Brauronia, diosa asociada a lo liminal, a las fronteras entre naturaleza y cultura, tenían lugar ritos de paso de las jóvenes del

Ática de niñas a mujeres. Se desconocen detalles del aprendizaje que era una preparación de las muchachas para el matrimonio y la procreación y se han encontrado referencias a que solo podían casarse las niñas que hubieran hecho estos votos. A este santuario estaba asociada una de las procesiones vinculada con las 3 celebraciones más grandes de este tipo: las panateneas, los misterios de Eleusis y las Brauronias. Una tradición sitúa el cenotafio de Ifigenia en una cueva original en este lugar.

Precisamente al día siguiente visitaremos lo que queda de Eleusis, saqueado por los sármatas de los Balcanes, santuario dedicado a la diosa Deméter. La tradición sitúa en este lugar la cueva donde Perséfone fue raptada por Hades, lo que derivaría en el acuerdo final que daría lugar a los ciclos de la naturaleza. Fueron los misterios de Eleusis los últimos en extinguirse del mundo antiguo. No se conoce con exactitud el ritual pues los iniciados guardaban voto de

silencio, pero existen referencias a una procesión inicial, una noche de vigilia, un baile en torno a un pozo, con un altar hundido respecto al nivel del terreno evocando el inframundo y también el subsuelo donde germinan las semillas, y una parte final en el Anaktoron, donde cabía mucha gente en sus bancos corridos, dentro de un espacio sin ventanas que se percibiría como un bosque de columnas. Lo que hoy puede contemplarse es, en su mayor parte, obra romana, especialmente de la época de Adriano y Marco Aurelio, dos grandes benefactores del santuario y los dos emperadores más filohelenos.

Visitamos en primer lugar el sitio de Maratón donde tuvo lugar la famosa batalla en septiembre del 490 a.C., día en que, por turno, correspondía a Milcíades dirigir el ejército ateniense resultando, según las crónicas, 6.000 bajas del ejército persa frente a solo 192 que sufrieron los atenienses. Estos 192 atenienses están enterrados en el famoso túmulo que allí se conserva. Sea cual fuese el número de soldados persas, los que sobrevivieron terminaron huyendo hacia sus barcos.

Las palabras de Jon Stuart Mill reflejan la importancia de esta victoria que pudo cambiar el curso de la historia de occidente: *“la batalla de Maratón ha sido más importante para la historia de Inglaterra que la misma batalla de Hasting”*.



Curiosamente, como nos hace notar Lefteris, una de las obras que mejor resume el espíritu griego es “Los persas” de Esquilo, la única que nos ha llegado que trata de sucesos reales y no mitológicos. En ella no se cosifica al enemigo sino que se le muestra como humano, previniendo del odio contra el mismo e intentando mostrar que, si han perdido la guerra, habrá sido por su

hybris, mereciendo la desaprobación divina, lo que se aprovecha también como lección para los griegos. Así la obra refleja el deseo de hacer reflexión y autocrítica frente al de denostar al enemigo o utilizarlo para proclamar la propia superioridad.

Al día siguiente visitamos Salamina, donde el profesor Adolfo Domínguez nos ofreció una minuciosa explicación de cómo los griegos, siendo muy inferiores en número a la flota persa, consiguieron atraerlos a este lugar angosto donde no podían navegar con soltura y fueron embestidos y desarbolados por los barcos griegos, mucho más rápidos y perfectamente entrenados.

Fue una batalla decisiva para la historia de la humanidad, en el 480 a.C., poco después de la de Maratón en el 490 a.C. En esta batalla participaron todas las polis griegas, incluso a los espartanos se les encomendó una misión terrestre. Precisamente la batalla de las Termópilas había tenido lugar unas semanas antes.

Guiados por el profesor Adolfo Domínguez nos situamos en una colina, enfrente de la que en su día ocupó Jerjes, el rey de los persas, y pudimos visualizar como Temístocles, al mando de la flota griega e interpretando el oráculo de Delfos, que había indicado que debían defenderse con muros de madera, como referencia a los 350 barcos de que disponía, dispuso una maniobra envolvente para los mil navíos persas que terminaron semihundidos, inutilizados y sin capacidad de maniobra en el angosto estrecho de Salamina. La batalla supuso el fin de la hegemonía persa y cambió el curso de nuestra historia que habría sido diferente si los persas hubiesen establecido su dominio en el territorio griego.



Con el recuerdo de estos acontecimientos terminó nuestro intenso recorrido por la Grecia de los héroes.

Francisco Javier González Grajera